



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 21.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Calle de la Congregacion, 1 duplicado, 2.º

Se publica todos los domingos.

Valencia 21 Mayo 1863.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero, Cuba y
Puerto-Rico, un año 6 pesos. — América y Asia,
8 á 13.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores. — Crítica literaria: Armonías y cantares, de D. Ventura Ruiz Aguilera, por D. Pedro M. Yago. — El minarete de Kotub. — Los primeros amores, por D. Enrique de Villarroya. — Las órdenes religiosas, (conclusion) por D. Carlos N. de Arellano. — Dieu protege la France: Historia de un napoleon, (continuacion) por D. Manuel del Palacio. — Las brisas, (poesía) por D. Dámaso Delgado Lopez. — Mi esperanza, (poesía) por Don A. Alcalde Valladares. — Felicidad doméstica, (continuacion) por D. Antonio de Trueba. — Solucion al geroglífico anterior.

Láminas. El minarete de Kotub. — Vista de Roma tomada desde el coliseo.

REVISTA DE LA SEMANA.

Dando la preferencia al relato de los grandiosos funerales celebrados en honor del primer magistrado de los Estados-Unidos Abraham Lincoln, seremos parcos en las demás noticias de los sucesos de la semana.

Dos páginas hay en la historia del pueblo Norte-americano, en que se sintió dolorosamente la pérdida del jefe del Estado: El presidente Harrison y el presidente Teylor han muerto en tiempo de paz, por muerte natural y durante el curso tranquilo de los

negocios, y el pueblo lloró mucho su pérdida; pero nunca la afliccion ha sido mayor ni tan grande como la que inspiró la memoria de Lincoln en las actuales circunstancias, por las elevadas prendas que en él resaltaban y por la manera como fue privado de la vida.

A las diez de la mañana, las corporaciones, asociaciones, etc., que debían formar parte del acompañamiento fúnebre, se apresuraban á ocupar los puestos que les estaban señalados; pero mucho antes las calles no podían contener la muchedumbre, porque á la gran poblacion de la capital, se agregaron muchos miles de forasteros que venían á unir á la afliccion general su homenaje de amor y respeto al grande hombre, al ilustre gefe y honrado ciudadano que había sido el segundo padre de la patria en los últimos cuatro años que inundaron de sangre y luto toda la nación.

Todos se afanaban por ocupar las calles contiguas á la Casa-Blanca, para presenciar el cortejo fúnebre que debía acompañar el cadáver de Lincoln hasta el Capitolio, y el pueblo de todas clases, edades, sexos y colores, esperaba muchas horas antes para ver el acompañamiento, y enviar su postrer adios al que habían mirado como su mas firme protector.

A las once de la mañana entraron un gran número de clérigos encargados de los oficios. A las doce cuando ya se hallaban presentes todas las delegaciones del Estado, Ayuntamiento, el clero que iba á oficiar, gobernadores, senadores y diputados, magistrados de las Audiencias, Cuerpo diplomático,

jueces de primera instancia, los que iban á llevar las cintas que eran el gran orador Colfax, el senador Fuster, el general de marina Goldsborough, y el general Burneide, los principales gefes del ejército y marina, las señoras invitadas y los miembros de la familia, el capitán Roberto Lincoln, hijo, Edwards y Smith, cuñados del difunto, el general Todd y el doctor Todd, primos, que presidían el duelo, llegó el presidente del Consejo señor Johnson, acompañado de todos los ministros, excepto el señor Sward, trayendo á su derecha é izquierda á los presidentes de las Cámaras. El salón ofrecía una escena de sorprendente solemnidad.

El reverendo doctor Hall, obispo de la ciudad de Washington, empezó los oficios del funeral, todo el auditorio unía á la suya sus oraciones: el obispo Hall era ayudado por el ferviente orador y obispo Simpaon, de la iglesia metódica. El reverendo doctor Gurley, pastor de la iglesia presbiteriana en Washington, á la que asistía el presidente Lincoln con toda su familia, pronunció la oracion fúnebre, que arrancó amargas lágrimas á todos los presentes.

La procesion del funeral salió de la Casa-Blanca á las dos de la tarde para el Capitolio: las calles, balcones y azoteas de toda la carrera estaban llenas de gente, y solo se oía el lúgubre redoble de las cajas que marcaban el paso de la escolta militar, que abría la marcha llevando sus armas á la funerals.

La escolta se componía de dos regimientos de los veteranos de reserva, del 8.º del Illinois de caballería, del regimiento 16 de New-

York de caballería, de una batería de artillería y de un batallón de marinos, llevando cada uno de estos cuerpos su música particular. Seguía á pié á la escolta militar un grande cuerpo de oficiales del ejército y marina, que á su vez lo eran por los oficiales de las mismas armas que estaban de servicio, é iban montados; el número de todos era de mil quinientos oficiales vestidos de gala; los generales que iban á caballo eran seguidos por sus respectivos Estados Mayores, también á caballo. Imponente era esta parte de la procesion.

Después de esta escolta, seguía la procesion cívica, dirigida por cuatro gefes del ejército, montados en hermosos caballos blancos.

A continuacion iban los carruages, marchando tres de frente, que contenian los clérigos de servicio, el cirujano general y los médicos del Sr. Lincoln; luego venian carruages en dos líneas, que llevaban los miembros del Parlamento y altos funcionarios del Estado: esta parte de la procesion llamó mucho la atención pública, porque se deseaba ver al general Grant.

El carro fúnebre era el punto céntrico de todas las miradas; iba precedido, acompañado y seguido por un inmenso gentío de todos los colores, edades y sexos, que parecían aguardar ansiosos los restos mortales del segundo padre de este país; entre esta multitud se veían grandes grupos de negros con melancólico aspecto, y muchos de ellos le seguían llorando. El carro iba tirado por seis magníficos caballos tordos, cada uno cogido por un lacayo vestido con librea de luto y seguido por el caballo favorito que montaba el presidente. Una larga línea de carruages en donde iban los parientes del difunto Lincoln, y las delegaciones de Kentucky, Estado en donde había nacido, y las del Illinois, en donde tiene su casa, iban á pié presidiendo el luto.

El carruaje del presidente Johnson venia después, en el que le acompañaba el honorable Preston King de New-York, y una numerosa escolta de caballería á ambos lados.

Seguían luego los ministros, mezclados con los diplomáticos.

Los magistrados del Supremo Tribunal, los senadores y miembros del Congreso, iban en carruages formados de cuatro en línea, y eran seguidos de una gran porción de asociaciones militares y civiles de las principales ciudades de la nación, entre las que se contaba el general Butler vestido de paisano. Formaban después en un cuerpo, y marchando setenta personas de frente, los empleados de los departamentos, abogados, escribanos y demás clases del Estado. Cerraban la procesion sobre unos dos mil negros bien vestidos, y que ejercían diversas artes.

Esta procesion tardó en atravesar un punto dado mas de dos horas, sin detenerse mas que para trasladar el ataúd del carro fúnebre al catafalco colocado bajo la rotunda del Capitolio.

Se calculó por los periódicos de Washington que había mas de doscientas mil personas en las calles, viendo el fúnebre cortejo: el número de los que iban en la procesion se calculó en diez y ocho mil, incluyendo cuatrocientos brigadieres y mariscales, mil cuatrocientos oficiales del ejército, y doscientos oficiales de marina, incluso el vice-almirante Farragut, y ciento ochenta senadores y diputados.

Todo el magnífico edificio del Capitolio estaba colgado de negro, sus columnas y ventanas tenían los solemnes emblemas de la tristeza, y en el alto de la espléndida bóveda, flotaban los mismos símbolos. En el centro del edificio se elevaba la plataforma en que fue colocado el ataúd; el silencio profundo que reinaba en aquel inmenso edificio, solo era interrumpido por el estruendo de la arti-

llería de todos los fuertes que anunciaba la llegada del cortejo al Capitolio, y por el lúgubre tañido de las campanas. Todas las estatuas y pinturas se cubrieron de negro, menos la estatua de Washington, cuyo pecho cruzaba una banda negra de derecha á izquierda.

El paño negro del catafalco estaba adornado con franjas y estrellas de plata; en cada ángulo del catafalco había grandes pabellones de fusiles, á los lados estaban colocados cañones, rifles, carabinas, bayonetas, sables y corazas arregladas como trofeos.

Al entrar el cadáver en el Capitolio, las tropas presentaron las armas, las bandas tocaron marcha fúnebre, todo el mundo se descubrió, la artillería redobló sus fuegos, y el ataúd fue cuidadosamente colocado en el catafalco, y el reverendo Dr. Gurley comenzó á recitar el oficio de difuntos.

Al finalizar las fúnebres ceremonias, el capitán Robert Lincoln se retiró con el presidente Johnson los primeros: y el general Grant y el vice-almirante Farragut los últimos, dando la orden de que se cerrase la entrada para el público, que abandonó el Capitolio. De este modo terminó la vida de uno de los mas grandes hombres del siglo.

En París se han celebrado también honras fúnebres en la iglesia americana episcopal. S. A. I. el príncipe Napoleon se hizo representar en esta triste ceremonia por su primer ayudante de campo el general Franconiére. Asistieron varios diputados, la mayor parte de ellos de la oposicion, muchos estudiantes, y bastantes periodistas, sin contar los anglo-americanos que estaban en mayoría.

La vida de los muertos está en la memoria de los vivos, y para perpetuarla se elevan grandiosos monumentos que digan al mundo después del trascurso de los siglos, venerar el saber, la virtud y el heroísmo.

En Florencia ha tenido lugar con una solemnidad imponente la inauguracion del monumento construido para honrar la memoria del Dante.

Además de haber asistido todas las autoridades civiles, militares y judiciales, las academias y la milicia nacional, han asistido también delegados de los ayuntamientos de Italia.

El rey Victor Manuel ha sido acogido con gran entusiasmo, siendo el objeto de aplausos unánimes y prolongados.

En Madrid la acostumbrada romería á San Isidro del Campo ha constituido la general diversion de sus habitantes, y al sabor del liquido de los *frasquetes* cada cual ha gozado de las improvisadas diversiones de aquel sitio, dando tregua á sus diarias ocupaciones.

La corte ha marchado de temporada á Aranjuez, en donde á la apacible sombra de los elevados árboles del jardín de la Isla, se verán las mas elegantes damas de los aristocráticos círculos madrileños.

En Valencia nada ocurre, á no ser la magna cuestion puesta hoy sobre el tapete de la mesa del presidente de los maestros de peluquero. Cuestion grave, cuestion capital, cuestion que ha de poner en grave apuro las cámaras inglesas y las cortes españolas.

Los que hoy honran la memoria de Girault de Tours y de Medea se han reunido para tratar de dejar al prógimo con barbas los domingos y fiestas de guardar, si antes de las tres de la tarde no se apresuran á ponerse en sus manos.

La pereza asomó su soñolienta faz por entre los botes de pomada que había colocados en una de las mesas del salón de sesiones, y reclamó á voz en grito su indisputable derecho de ciudadana libre, abogando por los que la rinden culto diariamente.

Sérios debates han tenido lugar, pero según las últimas noticias todo quedará en el mismo ser y estado, pues retirada la proposi-

cion la minoría de los innovadores seguirá en sus trece, y la mayoría hará lo que le plazca teniendo todos abiertos sus establecimientos hasta las doce de la noche.

De estas cuestiones siempre resulta un bien.

Miren mis lectores por dónde si la competencia zapateril de Madrid ha dado origen á la publicacion de un periódico titulado *El Innovador de la Zapateria*. La innovacion *peluqueril valenciana* puede dar lugar á escribir unas cuantas cuartillas en defensa de los derechos de los que crean tener razon.

Antes de terminar debemos dar una ligera explicacion de la cita de los dos nombres que dejamos indicados.

Girault de Tours fue el primero que trató de embellecer la cabeza del prógimo, confeccionando una tela hecha de *pelo* solo, y de *pelo* y lana, perfeccionándose el arte de hacer pelucas en Francia durante el reinado de Luis XIII.

Los calvos mucho antes de esta época se cubrían la calva con unos solideoes, cosiéndose después á ellos unos cabellos.

Las primeras pelucas estaban tan cargadas de pelo que solían pesar dos libras, siendo las mas estimadas las rubias.

El coste de las primeras pelucas escedía de mil escudos cada una; tal seria la enorme peluca con que se representa á Luis XIV en los retratos.

Medea inventó el arte de teñir el pelo y rizarlo, dándole diferentes formas por medio de fuertes ligaduras.

Si nuevas cuestiones se suscitan esperamos darán un suplemento del resultado definitivo de la sesion para conocimiento del público, pues de ese modo si variasen de parecer, los domingos seria preciso formar *cola* en las peluquerías, como antes en el Banco de España para cobrar.

Vivir para ver.

GERÓNIMO FLORES.

CRÍTICA LITERARIA.

ARMONÍAS Y CANTARES,

POR

D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

El autor de *Los Ecos nacionales* ha publicado recientemente un nuevo libro, una coleccion de poesías, titulado *Armonías y cantares*, que han venido á justificar la reputacion de buen lírico de que ya gozaba el Sr. Ruiz Aguilera. La mitad del título del libro que nos proponemos juzgar, corresponde á una de las dos partes en que está dividida la coleccion. Constituyen esta parte un corto número de poesías inspiradas por un sentimiento de melancólica resignacion, última transicion del dolor en que sumió al poeta no ha mucho una sensible desgracia de familia. Estas poesías sentidas, en cuya entonacion, en cuyo conjunto hay algo que hace levantar nuestro espíritu por encima de los pequeños intereses de la vida, apenas ofrecerían un rasgo que citar, si nos lo propusiésemos, algunas de esas imágenes de engañoso brillo que parecen comunicar movimiento y vida al estilo; no es este el especial mérito que las recomienda: el asunto de sus composiciones, por otra parte, lo justifica sobradamente. Por eso en la primera parte del libro *Armonías y cantares*, el tono templado, la naturalidad de la frase, responden al sentimiento tranquilo que ha inspirado sus páginas. Sin embargo, no queremos dar ocasion de creer que en ellas hay monotonía, que en el estilo hay pobreza: nada de eso: el espíritu del poeta, en esas delicadas composiciones, verdaderas armonías de su alma, desatado uno de los lazos que mas

fuertemente le ligaban á la tierra, ora se tiende á placer

Por el piélago infinito
De esos mundos que en letras de luz tienen
De Dios el nombre escrito,

cuando en medio del silencio nocturno se abisma en muda y respetuosa contemplacion ante

El Monserrat que sube
Soberbio escalonándose hasta el cielo,

ora asimila su alma resignada al lánguido reposo de la tarde ante el espectáculo de unas ruinas que baña la última luz del día.

De propósito hemos citado los versos que acaban de ver nuestros lectores, á la vez tomados para probar que en las *Armonías* del Sr. Aguilera hay bellezas de estilo, hay novedad en la frase, y hay vida y atrevimiento en las imágenes.

Empero, abandonando estas consideraciones, la prueba á que hay que someter las poesías que juzgamos, es ponerlas en manos de un desgraciado: bien seguro es que éste sentirá con su lectura bañados en llanto sus ojos y su corazón en consuelo.

La segunda parte del libro es una colección de cantares tan variados y de tal mérito muchos de ellos, casi todos, que fueran bastantes á acreditar el delicado y esquisito sentimiento del autor. Hasta ahora no habia reclamado, como si dijéramos, su autonomía, este género de literatura á quien habian olvidado completamente los preceptistas, al menos que nosotros sepamos. Y es una injusticia ciertamente que así haya sucedido, cuando en verdad esta clase de composiciones, para lograr cierto grado de perfección, ofrecen dificultades que vencer y no pequeñas. Por esto, en el prólogo de sus cantares, se subleva el Sr. Aguilera, y tiene razón, contra la opinión corriente que dá al vulgo como autor de todos los cantares anónimos que se conocen.

Efectivamente, suponer al público indocto, que ese es el vulgo, capaz de producir esas inapreciables bellezas que con frecuencia hallamos en el inmenso cancionero anónimo que conserva la memoria del pueblo, es discurrir con ligereza suma. Y sin embargo, nosotros nos esplicamos perfectamente cómo puedan haber discurrido con esa ligereza algunas personas de muy buen juicio: los cantares no pueden hacerse por el vulgo, como dice muy bien el Sr. Aguilera, pero deben parecerlo: esta circunstancia es la que ha sugerido á tantos, en cuyo número se cuenta el afortunado aclimatador del género en los círculos literarios, nuestro amigo, el popular poeta, D. Antonio de Trueba, ha sugerido, decimos, la opinión corriente que hace del vulgo todo un poeta, y un poeta excelente con frecuencia.

Han de ser tan fáciles en nuestro concepto estas ligeras composiciones, tan hechas al descuido, si así vale decirlo, que en habiendo una sombra de violencia en el giro de la frase, algo que semeje amaneramiento, pierden toda su ligereza inherente, que es lo que constituye su primera condición. Son los cantares ideas todo lo profundas que se quiera, pero vestidas siempre con el lenguaje popular; y donde quiera que en uno de esos microscópicos poemas, aparece una voz, una construcción, demasiado cultas, nos hace el mismo mal efecto que un chaleco de piqué ó unos guantes de cabritilla entrando á formar parte de un traje de majo andalúz.

Especie de aforismos morales, deducciones de la vida espresadas de esa manera rasgada, concisa, paradójica, peculiar del sentimiento en el punto en que siente necesidad de surgir, de vaciarse, de manifestarse por medio de la primer fórmula que halla á mano, en ellos el fondo puede ser todo lo escogido, todo lo delicado que se quiera, pero sin parecerlo, sin que la distinción del concepto se revele por el traje. Monedas destinadas á circular, de una

en otra, por muchas manos, nada ha de haber en ellas que cause estraneza al vulgo, que á su comprensión se niega, porque en tal caso les negaría éste el pase. En suma, los cantares han de parecer hechos con facilidad, condición que contribuye á rebajar el género en el concepto de muchos profanos y no pocos inteligentes; y en efecto, á pesar de lo que antes hemos dicho, si lo reparamos bien, los cantares son fáciles de hacer, tanto que me atrevo á decir que cantar que no sea una verdadera improvisación, que no esté escrito casi como sin conciencia de lo que se escribe, no es bueno. Solo que así, de esta manera, no se escriben sino en momentos dados; cuando está fuertemente impresionado el ánimo, y esto es lo difícil; así solamente es como se logra que la frase reproduzca exacta, gráfica y genuinamente el estado del alma, que pocas palabras digan toda una historia, que pocas razones convenzan, que un lamento nos ligue con misteriosa simpatía al labio que lo exhala: este es el secreto, la clave de la facilidad de este recién ennoblecido género literario. Por último, hacer cantares es cuestión muy sencilla: para hacerlos no se necesita sino una idea, sentirlos.

¿Le sucede esto al Sr. Aguilera? Con frecuencia sí, alguna vez no. Es natural, en una colección bastante numerosa, como lo es la que tenemos á la vista, no todas las páginas han de ser igualmente bellas, no todas las composiciones han de ser igualmente escogidas: algunas han de desmerecer en comparación.

¿Le sucede esto al Sr. Aguilera? No dudamos en afirmarlo. En las páginas de su libro el sentimiento exquisito del autor se revela á cada momento, y habríamos de prolongar mucho este artículo si copiásemos cuanto en prueba de nuestra apreciación se nos viene á la mano, al recorrer el elegante volumen que tenemos abierto ante nuestra vista en este instante.

Por ejemplo, el cantar XL es un modelo en esta clase de composiciones. Dice así:

Tendí una mirada al cielo,
Eché una sonda en el mar,
Bajé al corazón humano
Y fondo no pude hallar.

No es menos bello el siguiente:

Cuenta y verás cómo acabas
Antes que yo de cantar;
Contaremos, yo mis penas,
Tú las arenas del mar.

Aunque muchos puristas en esto que estamos tratando, prohíben el uso de consonantes, negando lo patente de verdadero cantar á aquel en que no se adopte la forma del romance, nosotros nos lavamos las manos y confesamos que á pesar de ello nos gusta el que á continuación van á ver nuestros lectores, y el cual no hemos podido resistir á la tentación de reproducir aquí:

Soné que el olmo dá peras,
Que sin agua estaba el mar,
Y hasta soné que fiel eras....
¡Mira tú si fue soñar!

No tan bellos como los anteriores son algunos que otro cantar á los cuales en la colección del Sr. Aguilera ha de perjudicar la comparación de los que acabamos de citar y otros muchos.

Dice uno de ellos así:

Permita Dios que te coja
Un novillo.... imaginario,
Que tropieces.... en mis ojos
Y que caigas.... en mis brazos.

Esta composición delicadísima por lo ingeniosa, está condenada á no lograr los honores de la popularidad, es decir, jamás se vulgarizará su uso por una razón que antes hemos apuntado. Sin duda que el vulgo ha oído mucho la palabra *imaginaria*, pero no tiene de

ella una idea completamente exacta, porque no tiene precisamente nociones precisas de lo que significa *idea*, *pensamiento*, *imagen*, etc., y por eso no la usa, y donde haya algo que no le sea familiar, se comprende que su gusto lo repugne, hallándolo demasiado culto y escogido.

Lo mismo sucede con la canción siguiente:

Dios al mar límites puso
Y los puso á la hermosura;
Cuentan que cuando naciste
Dijo en latín: ¡Non plus ultra!

El vulgo nunca cita en latín y cuando lo hace es para escitar nuestra hilaridad, pareciéndose en esto á un conocido escritor que yo trato, cuando cita en esa lengua, y á otro que también conozco, cuando cita en inglés ó en italiano. Por esto, es decir, porque no es habitual en el vulgo hacer citas latinas, el cantar que acabamos de copiar carece de su principal condición como tal.

Con dificultad podríamos continuar haciendo observaciones de esta índole: *Armonías y cantares* es un amenísimo libro que no se presta á ellas. No así sucedería si tratásemos de señalar bellezas.

Porque, volvemos á repetirlo, el Sr. Aguilera ha escrito un libro para los verdaderos amantes de las bellas letras, y merece el parabien por ello, de los inteligentes y el nuestro.

PEDRO M. YAGO.

EL MINARETE DE KOTUB.

Este celebrado monumento, situado en el distrito de Delhi, se halla á nueve millas al Sur de esta capital. Mister Thornton lo describe de este modo en la *Gaceta* de la India.

Este minarete va disminuyendo regularmente desde la base á la cúpula que es capaz de doce personas, la parte exterior está adornada en toda su altura por estrias perpendiculares, interrumpidas por cornisas de piedra, sobre las cuales hay cuatro galerías con pequeñas habitaciones.

En 1803 esta columna fue destruida en parte por un terremoto; y después por otros accidentes ó por la acción natural del tiempo, algunas piedras de la parte del Oeste salieron de su sitio, produciendo amenazadoras grietas en esta parte del minarete.

Un ingeniero inglés reparó este monumento con mucho acierto y buen gusto, lo cual era una empresa bastante difícil, pues que gran parte de la obra vieja de la base de la columna tuvo que ser separada antes de colocar los nuevos materiales.

Hoy reproducimos este monumento como el mas notable de aquellos lejanos países.

LOS PRIMEROS AMORES.

Quiconque aime jamais garde sa cicatrice
Chacun la dans son cœur, toujours prête à s'ouvrir
Chacun la garde en soi, cher et secret supplice
El mieux il est frappé, moins il en veut guerir.
(A. DE MUSSET.)

La sensibilidad afectiva ó sea el sentimiento es la cualidad que mas ennoblece el corazón humano.

Entre las diversas clases de sentimiento brilla con extraordinaria vehemencia el sentimiento del amor.

El amor es el indefinible; solo podemos decir que nace con la criatura y que baja con ella al sepulcro, después de haberla acompañado durante su vida.

Y si fuera posible dar alguna definición acerca del amor, diríamos que es la amargura del placer y el placer de la amargura; y en su conjunto un encanto infinito que llena

cumplidamente el vacío de nuestro pecho.

El amor es una necesidad moral; la vida sin amor se parece á una planta que ni la lluvia fecunda, ni el sol vivifica.

Esa planta es afortunadamente-exótica en la tierra; á no ser así, faltaría á los mortales el paño que seca sus lágrimas, el bálsamo que mitiga sus dolores.

Hay tres clases de amor, el de Dios, el de la familia y el de los amigos.

A la última clase pertenece esa simpatía que une el hombre á la muger, y cuya consecuencia directa es el indisoluble lazo del matrimonio.

Esta simpatía, libre de todo vínculo social, no reconoce mas causa que la impresion, ni ambiciona mas gloria que la de ser correspondida.

Ninguna via encuentra escabrosa, ningun sacrificio la atemoriza, ningun obstáculo le parece insuperable: el poder, la generosidad y el heroismo son los caracteres distintivos del amor.

Pasion ardiente como el cráter de un volcan, arroja de continuo lava de sentimiento y se revela en una mirada, en una sonrisa, en un suspiro.

El jóven que empieza á pisar los umbrales de la sociedad, fija sus ojos de fuego en los inocentes ojos de una muger, há poco niña que los baja con rubor; pero al cruzarse un rayo de luz ha brotado y ambos corazones palpitaban con extraño afán.

Sepáranse, y en la memoria de entrambos vive el encuentro de aquella mirada y laten mas y mas sus corazones y la ilusion embriaga sus almas. ¡Se aman ya!

Vuelven á verse, dícense su amor, sus labios ó sus espíritus comunican tiernamente, y desde aquel momento huye la calma que envolvía sus primeros años.

El amor trae consigo inquietudes y zozobras, aunque el diablo de los celos no atormenta á los enamorados.

El corazon vela noche y dia, la imaginacion no descansa, los párpados se humedecen, y hasta los labios trémulos quieren confiar su cariño al céfiro que los acaricia ó á los astros que les sonrien desde el cielo.

¡Bendito mil veces el llanto que se vierte en esos momentos de soledad y de entusiasmo! Es un purísimo manantial que brota de nuestra alma para aliviar nuestro pecho y regenerar todo nuestro sér.

Ese llanto encierra en sí tesoros de felicidad y se vé mas que compensado en un signo de correspondencia en la persona que amamos.

El primer amor es sin duda ninguna el mas vehemente de todos los amores, porque tambien es el menos interesado: por eso su re-

cuerdo se escribe con letras de sangre en lo mas recóndito de nuestro corazon.

La llama del afecto se enciende con mas fuerza y arde con doble vigor, si la lluvia de los desengaños no la ha apagado jamás.

La muger que por primera vez la siente inflamar su pecho, aunque se vea luego indignamente burlada por el hombre que idolatra, aunque prometa su fe á otro, aunque la agoste el soplo pútrido del desprecio, nunca puede olvidarle, porque para ello fuera necesario matar su sensibilidad.

Esa muger será casta esposa, será madre tierna, será dechado de virtudes, pero nunca podrá arrancar de su imaginacion un dulce y

labras balbucientes de los primeros encuentros.

Cuando un fatal acontecimiento lleva la desunion á dos corazones enlazados por el amor, ambos necesitan, en sentir de Sonvestre, destrozarse el alma para hallar el reposo.

Y si esos corazones se sienten por primera vez abrazados, el amor, segun Sakspeare, los llevará á la locura y los marchitará en su flor.

Envano lucharán por arrancar una pasion, cuya memoria dulcifica tanto los pesares que causa; el orgullo les impone desdeñ, el sentimiento les inspira cariño, la sociedad les exige indiferencia.

Y la indiferencia es lepra que corroee nuestra alma y sella de muerte nuestra vida.

La altivez manda que se ahogue todo resto de afectuosa simpatía, pero la ternura pide que no se borren las primeras y mas dulces emociones; y en esta pugna de sentimientos contrarios, el corazon no quiere desobedecer á la altivez, ni desoir la ternura.

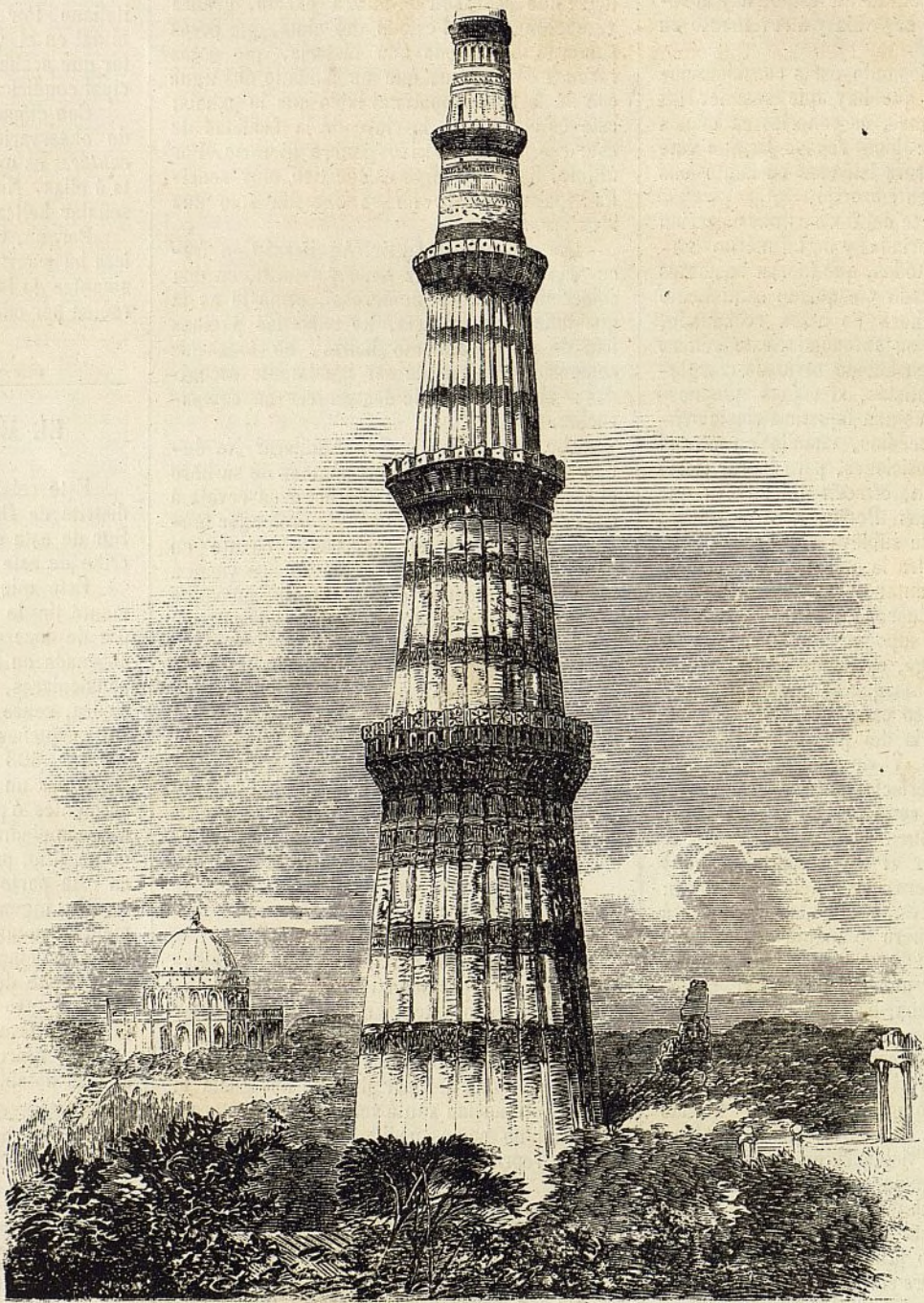
Y proponerse evitar un acto y sin embargo conservar y fomentar en nuestro pecho una inclinacion que nos impele á él, equivale, en concepto de Balmes, á dejar la fuerza en la máquina y no querer que se mueva.

El primer amor vive siempre en nosotros, como vive el fuego oculto en la ceniza: mientras exhalamos un suspiro vital, existe su huella en el alma, cual germen de consuelo y de doradas ilusiones.

¡Ah, vivid con las ilusiones que no haya podido helar el in-

vierno de los desengaños! la ilusion es la rosa de nuestra vida; no la cojais, porque entonces solo quedarán espinas entre el follage.

Una mortal melancolía, un tédio profundo se apodera del corazon en los dias que siguen al rompimiento del primer amor: el viento que silba, el sol que alumbra, la fuente que mana, el ave que vuela, los objetos que á la vista se



EL MINARETE DE KOTUB.

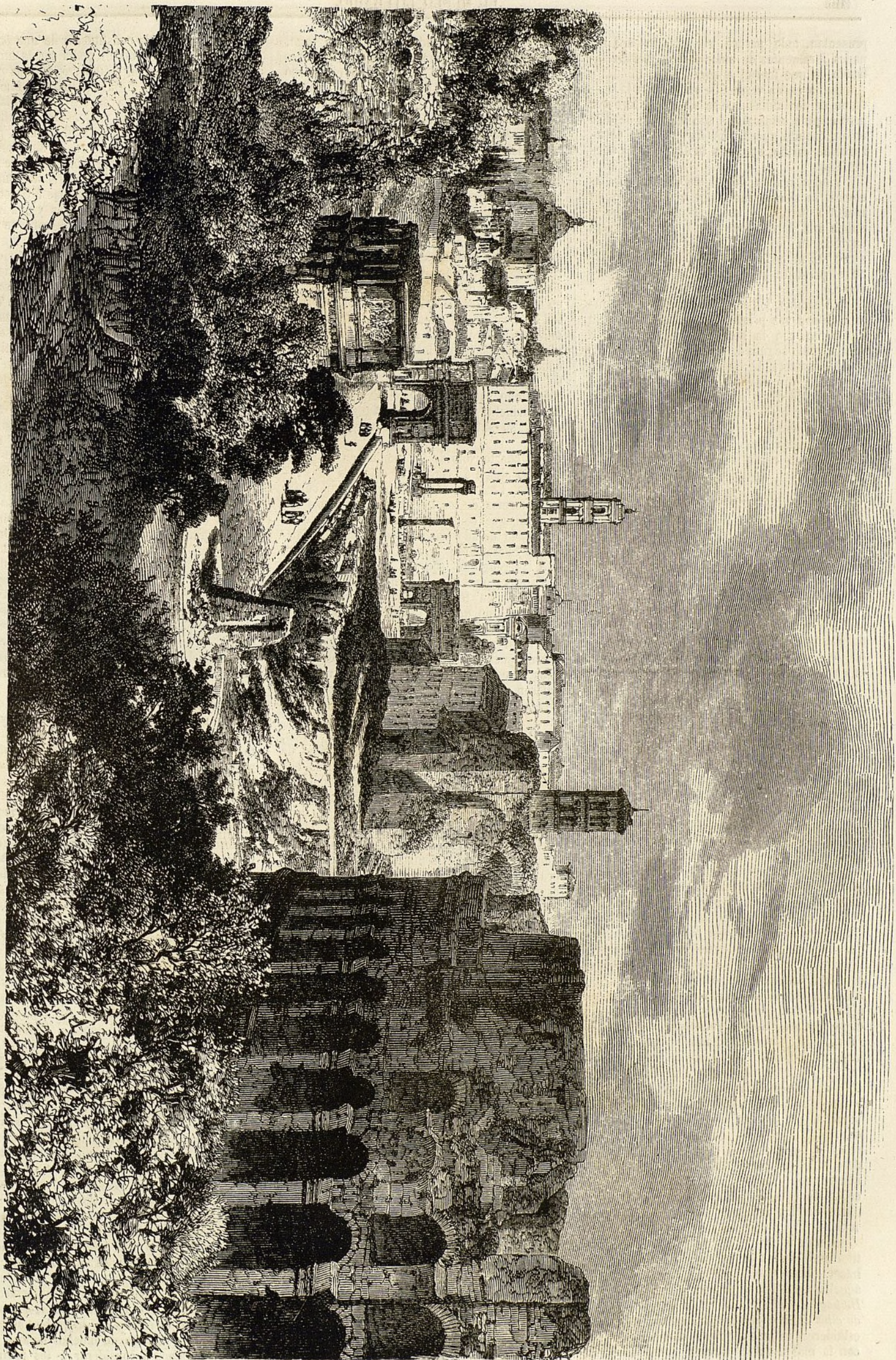
(De una fotografia).

melancólico pensamiento en sus primeros amores.

En la fortuna como en la desgracia, en la opulencia como en la miseria, en todos los países y en todas las épocas evocará sus recuerdos para gozar en su meditacion.

Goethe lo afirma: «Un siglo de lágrimas y de penas no puede borrar la felicidad de la primera mirada, de ese temblor, de esas pa-

VISTA DE ROMA TOMADA DESDE EL COLISEO.



presentan, todo parece recordar los apasionados juramentos de amor eterno y el día infausto en que fueron quebrantados.

Digna es en verdad de ser sentida la desunion de dos almas que se aman con ternura; pero cuando estas almas son vírgenes de otro amor, cuando nunca mas han sentido abrazarse de cariño, entonces la desunion es horrible.

Viudas ambas del objeto de sus aspiraciones, se sienten inmoladas en el ara de un martirio perpétuo; sus lágrimas espirituales suben á la gloria, como el humo de la hoguera sagrada en los sacrificios de la antigüedad; sacerdotizas consagradas al pasado, tiemblan en el presente y se horrorizan ante el porvenir.

En cámbio, los amantes que habiendo jurado fe por vez primera, ven sancionarse su juramento con la bendición nupcial, tienen una garantía segura de que ni por un momento se desvanecerá la atmósfera de entusiasta afecto que los envuelve mutuamente y que constituye la dicha del hogar y de la familia.

El amor es la flor mas odorífica del jardín de la vida; los primeros amores el aroma de esa misma flor, el incienso mas puro y suave que la tierra pueda ofrecer al cielo.

ENRIQUE DE VILLARROYA.

LAS ÓRDENES RELIGIOSAS.

(Conclusion.)

II.

Una vez dado el impulso, brotaron á porfía frailes de todas castas y colores, algunos de los cuales hicieron importantes servicios á la sociedad; pero otros tal vez en mayor número la fueron perjudiciales. Asombrado de aquella prodigiosa multiplicación el Papa Inocencio III, estableció en el concilio IV Lateranense, año de 1215, un cánón prohibiendo formar nuevas órdenes, y mandando que las que no tuvieran regla aprobada se unieran con alguna de las anteriormente establecidas. Sin embargo, aquel mismo Pontífice aprobó el instituto de los frailes mendicantes, sin duda para que su pobreza, formando contraste con las riquezas del clero y de los monges acaudalados, calmase la ojeriza que contra las órdenes religiosas empezaba á cundir en los pueblos. El cánón del concilio de Letran produjo al principio algun bien, regimentando las bandas de frailes; pero éstos no tardaron en eludirlo, ya dividiéndose como los franciscanos, ó reformándose como los benedictinos, y la multiplicación lejos de ser restringida, continuó siempre creciendo. La revolución religiosa del siglo XVI vino á dar el golpe mortal al monaquismo, que no pudo reponerse de ella á pesar de sus reformas, y que hubiera muerto de inanición, aun cuando las revoluciones políticas posteriores no hubieran venido á salvar en cierto modo su honra, dándole una muerte violenta. Viendo que los frailes eran odiosos á los protestantes, los reemplazaron con las congregaciones de sacerdotes docentes, tales como los jesuitas, los filipenses ó del oratorio, los endistas, los sulpicianos, lazaristas, escolapios, clérigos menores y agonizantes, algunos de los cuales han sido causa de que los mas encarnizados perseguidores de los antiguos frailes los echen de menos.

Daremos una rapidísima ojeada á las constituciones de las órdenes religiosas, para no hacer difuso este artículo. Tomando por base aquella sentencia de nuestro Señor Jesucristo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos*, todas ellas establecen la mas profunda humildad, junta con la mas estricta pobreza; pero la mayor

parte de las comunidades sacudió este yugo, aprovechando la buena voluntad de los fieles para enriquecerse. Y siendo rico el cuerpo ¿cómo es posible que permanezcan sus miembros en la desnudez? ¿Cómo ha de subsistir la pobreza de espíritu en medio de la abundancia? Así es, que el voto de pobreza era una palabra vana para la mayor parte de los frailes. Todas las órdenes unian á ese voto los de castidad y obediencia, sobre los cuales nos abstendremos de hacer observaciones, y algunos añadian á los tres que formaban la esencia de su profesion un cuarto voto, que indicaba el fin especial de su instituto. Tal era entre los religiosos de las órdenes militares el de la guerra á los infieles y derramar su sangre en defensa de la fe de Jesucristo; en los religiosos de la Merced, el de rescatar los cautivos de los enemigos de la fe; en los mínimos, el continuar sin interrupción el régimen cuaresmal; en los Jesuitas, el de abandonarlo todo cuando el Vicario de Jesucristo se lo ordenase, y volar á las estremidades del mundo para anunciar el Evangelio; el de los carmelitas, franciscanos, agustinos, etc., recibir su subsistencia de la caridad de los fieles.

El cuarto voto de las monjas en lo general, las obliga á guardar la clausura mas inviolable. Las hospitalarias se dedican á cuidar los enfermos de los hospitales, y algunas benedictinas se constituyen alternativamente en un estado de adoración perpétua ante el Santísimo Sacramento. Y aquí debemos advertir, que las religiosas son tan antiguas como los religiosos, pues desde San Antonio acá casi nunca se ha formado una comunidad para hombres, sin que se fundara otra semejante para las mugeres. Todos los fundadores cuentan igual número de hijas que de hijos en su descendencia. Sin embargo, de unos veinte años á esta parte, parece que las mugeres quieren marchar solas; multiplicanse como las arenas del mar, y quién sabe cual será el término de una propagación tan admirable.

Para facilitar la observancia de sus votos, y en especial el del celibato, difícilísimo de guardar, sujetábanse á muchas prácticas encaminadas á debilitar la naturaleza, como medio de obtener la gracia y rechazar las tentaciones. Tales eran las *minuciones*, los ayunos, la abstinencia, el trabajo manual, la privación de sueño y las disciplinas. Llamábase *minucion* en lenguaje claustral á la sangría, que era muy frecuente en algunas comunidades, especialmente de monjas, algunas de las cuales se la administraban todos los meses. Los monges de San Juan de las Viñas tenían obligación de sangrarse seis veces al año, y cuatro los cartujos; otras comunidades ayunaban todo el año, excepto la Pascua; algunas todos los miércoles, viernes y sábados, y las había que observaban cuatro cuaresmas cada año. Larga sería nuestra tarea si hubiéramos de referir todas las austeridades que practicaban los religiosos para amortiguar la violencia de sus pasiones, ingeniosísimos eran en multiplicarlas é inventarlas diariamente; pero ¿hay alguna que sea tan eficaz como la edad? En lugar de dar el hábito á jóvenes recién salidos de la pubertad, no hubiera sido mas cuerdo el retardar la profesion religiosa hasta la edad de 40 años? Tal vez esto hubiera traído inconvenientes de otra clase, puesto que el sábio nos dice, que *el hombre debe acostumbrarse desde muy temprano á llevar el yugo del Señor: (Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua,)* y el que en los años de la florida juventud se acostumbra á los placeres con que el mundo le brinda, difícilmente puede acomodarse á la vida metódica del claustro.

III.

El gobierno de las órdenes religiosas variaba segun la índole especial de cada una

de ellas, porque la constitución de una orden de anacoretas no debía ni podía ser la misma que la de una orden militar, ó de una congregación dedicada á la enseñanza. Marcábase, pues, á cada una su regla particular la forma en que había de regirse, señalando á los superiores las debidas atribuciones, para que pudieran conservar la subordinación en los rangos superiores y la armonía entre todos los miembros. Obsérvase frecuentemente en la redacción de aquellas reglas ó constituciones una superioridad de miras y una inteligencia de espíritu, que no siempre se encuentra en las constituciones políticas, que se fraguan continuamente para regir los reinos, si bien no negaremos que tambien contienen graves faltas, como lo son en nuestro sentir aquellos capítulos que tienden á rebajar la dignidad del hombre mas bien que á realzarla. Variaba la forma desde el gobierno absoluto al democrático; así es que los benedictinos, jesuitas y lazaristas, entre otros, se regían por el monárquico, y sus generales, aunque acostumbraban en los asuntos de interés consultar á sus consejeros, podían seguir ó no la opinión de éstos, y hasta podían cambiar alguna de las disposiciones de la regla, si lo tenían por conveniente.

El gobierno de los agustinos, carmelitas y teatinos, que nada decidía si no se acordaba por el *definitorio* era aristocrático; mixto como los modernos sistemas constitucionales, el de los mínimos, y democrático el del Oratorio, donde segun la espresión de Bossuet, *todos obedecían y nadie mandaba*, prueba de su blandura y bondad. En cuanto al jefe supremo ó general, en unas era perpétuo y en otras temporal, y en casi todas las órdenes tenía su residencia en Roma, donde además había, y hay, un cardenal designado como protector de cada una de ellas, y una *congregación de regulares*, que entiende en sus asuntos. Tambien tenían su código criminal, y no pocos canonistas regulares han tratado de formar un tratado completo de delitos y penas; pero ninguno lo ha emprendido con tanto éxito como F. Octaviano Spatharius, antiguo provincial de los mínimos, cuya obra titulada *Método de oro para corregir los regulares*, merece leerse.

Aun cuando *el hábito no hace al monge*, sirve, no obstante, para distinguirlo, y es el uniforme característico con que en el mundo se distinguen unas de otras las órdenes. Casi todas atribuyen al suyo un origen celestial; el de los carmelitas, cistercienses y premostratenses, les fue dado por la Santa Virgen María, y el de los capuchinos por el mismo Jesucristo. En general, los hábitos blancos provienen de la Virgen; pero ¿es tan invariable esa regla que no haya sido derogada jamás? ¿Deberá preferirse un hábito dado por Jesus á otro que provenga de su divina Madre? Extrañas pretensiones, disputas ociosas, que mas de una vez han puesto en combustión á todo el mundo monástico.

Las disenciones entre los monges blancos y monges negros, ó de los benedictinos y cistercienses, turbó la paz del desierto, y reyes y pontífices tuvieron que intervenir para apagar el fuego de aquella funesta división. Los ermitaños y los canónigos regulares de San Agustín hicieron cruda guerra sobre si el ilustre obispo de Hipona vestía de negro y descalzo como los primeros, ó de blanco y calzado como los segundos. No menos encarnizadas contiendas tuvieron entre sí los franciscanos con motivo de la capucha; tratábase de determinar el color, tamaño y forma de la capucha de San Francisco, y ese ridículo negocio, tratado con mucha gravedad en muchas congregaciones generales, tomó tales proporciones, que ocasionó un cisma entre ellos, turbó el reposo de los soberanos y no terminó sino al cabo de muchos siglos.

Si pasamos á considerar á los regulares

con relacion á la cultura de las letras y á la enseñanza de la moral, nos veremos muy embarazados para asentar un juicio sólido, hallando en ellos reunidos el esceso del bien con el esceso del mal. Porque si en los primeros siglos desmontaron terrenos y sometieron al cultivo áridas laudas, tambien acabaron por invadir la herencia y patrimonio de las familias. Si conservaron algunas obras admirables de los griegos y latinos, destruyeron otras muchas, ya por odio al paganismo ó ya para escribir sobre el mismo pergamino leyendas de santos y fábulas pueriles. Después de haber enseñado la mas pura moral, dieron funestos golpes á las buenas costumbres, entregándose con pretexto de los casos de conciencia, á investigaciones lúbricas y escandalosas discusiones. Quizás algunos, poco ilustrados ó de mala fe, tachen en esta parte nuestro language; pero nosotros no tememos decir, con la misma franqueza que el bien, el mal que hicieron. ¿No ha llegado, por ventura, el tiempo de arrojar la máscara del disimulo, y de que cada uno sea juzgado segun sus obras?

La mayor parte de los padres de la Iglesia, criados en las austeridades de la vida monástica, exageraron de tal modo los preceptos y consejos del Evangelio, que casi lo hicieron impracticable á la humana debilidad. Aquel esceso de severidad debia conducir necesariamente á un esceso de relajacion; los frailes desde la edad media empezaron á alterar la moral de sus predecesores, y á las máximas de los estoicos llegaron á sustituir las de los epicúreos. Lo mismo que la moral, alteraron el dogma, pues nadie podrá negar que casi todas las heregias salieron del fondo de los claustros, donde piadosos desocupados, entregados á vagas meditaciones, mezclando la metafísica á la Biblia, produjeron quimeras, ó dieron al hombre nociones insuficientes sobre lo que mas le importa saber.

CARLOS R. DE ARELLANO.

DIEU PROTEGE LA FRANCE.

(Historia de un napoleon.)

(Continuacion.)

IV.

¿Necesitaré referiros nuestra conversacion durante el almuerzo? Lo creo inútil; básteos saber que se habló mucho y bueno, y que al dar las dos, aun no habíamos abandonado la mesa. A fuerza de preguntas y de observaciones llegué á formar mi juicio sobre el carácter y las ideas de Camila. Amaba el lujo, pero odiaba la riqueza: su corazon abierto antes de tiempo á las ilusiones y á los deseos, necesitaba placeres mas dulces, menos efímeros que esos placeres del gran mundo que solo halagan la vanidad y el amor propio, pero que ceden ante el sentimiento, y se estinguen á la sola idea de la duracion.

Camila habia sido víctima de las preocupaciones de la alta sociedad, y niña aun, se unió á un hombre que nada le podia dar en pago de su amor; hombre frívolo, inconstante, esclavo solo de la moda y el vicio; de esos que arriesgan un millon por la valentia de un caballo que ha de correr en el hipódromo, y no esponen un real por la virtud de una muger que deshonran á los ojos del mundo.

Por fortuna, á los tres ó cuatro años de su matrimonio, que casi no lo habia sido mas que en el nombre, el esposo de Camila fue muerto en un duelo que provocó; su esposa tenia entonces poco mas de veinte años. Sintió su pérdida como debia sentirla una muger honrada, pero se consoló pronto, porque era

muy jóven, y su enlace le habia servido de provechosa enseñanza para lo futuro. Entonces abandonó su casa, viajó por el extranjero algun tiempo, acompañada de su tia, y volvió con el firme propósito de consagrar su vida á un hombre que anhelara hacerla feliz, y al cual, á su vez, pudiera descubrir los tesoros de cariño y de ternura que guardaba en su corazon.

Esto fue lo que aprendí en el almuerzo, y lo que ella me dió á entender con sus palabras.

¿Era yo el hombre que ella deseaba? Este problema es el que debe resolverse muy pronto.

Permanecíamos aun en el comedor, cuando un criado anunció al vizconde de....

—Que pase aquí, dijo Camila al criado, y luego añadió dirigiéndose á mí:

—Mi primo, un fátuo de los que abundan en los salones, que tiene la nécia presuncion de creer que le amo, y la gratitud suficiente, segun dice, para corresponderme.

El vizconde apareció en el umbral de la puerta.

Sin ser feo, tenia su figura un no sé qué de extravagante que inspiraba risa; era pequeño, enjuto, de ojos rasgados pero casi sin brillo, y su rostro estaba rodeado de una barba oscura y rizada, que formaba un raro contraste con su cabello lacio y partido en mitad de la frente.

—¡Amada prima! exclamó despues de saludarme con una ligera inclinacion de cabeza; ¿supongo que estarás enfadada conmigo por los tres dias que han pasado sin venir á verte?

—No por cierto; no he pensado en semejante cosa; por el contrario, ahora mismo hablaba de lo satisfecha que me hallo hace algun tiempo, y aquí está un caballero que no me dejará mentir.

—Puede usted asegurarlo, señora, porque yo participo de su satisfaccion.

—Y á propósito de este caballero; primo, tengo el honor de presentártelo; D. Enrique M., uno de mis mejores amigos.

—No recuerdo haber tenido el gusto de verle hasta hoy, interrumpió el vizconde vivamente.

—No es extraño, repliqué á mi vez, he conocido á esta señora....

—En el extranjero, dijo Camila concluyendo mi oracion.

Y luego dirigiéndose á mí:

—Presento á usted á mi primo el vizconde de.... uno de los primeros socios del Casino, y que entre otras probabilidades tiene la de ser elegido diputado en las próximas córtes.

—Sin embargo, caballero, no es esa probabilidad la que mas me seduce, murmuró el vizconde algo picado.

—Lo creo, primo, pero es la mas fundada de todas.

No me quedaba duda; el vizconde amaba á Camila y ésta le aborrecia; aquello era para mí un triunfo, y abusé de él. El probable diputado fue batido en todos terrenos sin consideracion. Afortunadamente para él un lacayo llegó á entregarle una carta que habian dejado en su casa, y que le traian por si era urgente. La abrió con rapidéz, pero al momento la arrojó sobre la mesa despidiendo al lacayo.

—¿Qué es eso? ¿alguna intriguilla electoral? preguntó Camila con interés.

—Nada, una de tantas farsas como diariamente se inventan en Madrid, para estafar á los incautos, lee:

La jóven tomó el papel y leyó en voz alta:

«Una familia, que vive en la calle de las Tres Cruces, núm. 6, cuarto bohardilla, apela á la generosidad de V. S. para que contribuya con alguna limosna á remediar su miseria, pues la muerte del padre ha sumido en la indigencia á una muger y cinco hijos de corta edad, que no han fallecido gracias á un

honrado artesano, su vecino, que es el que se dirige á V. S., pues sus recursos no igualan á su buena voluntad.»

—¡Siempre desgracias! exclamó Camila doblando la carta, no sin haber leído bien la seña de la casa.

—¡Siempre embustes! replicó el vizconde; gracias que ya hay muy pocos que crean en esos papeluchos.

Me pareció no debia prolongar mas tiempo mi visita, y me levanté; Camila me tendió la mano, y me la apretó diciendo:

—Mañana concluiremos ese asunto que V. sabe. Espero á V. á las tres, si es que no quiere hacerme el honor de almorzar conmigo.

—Gracias, solo cumpliré lo primero, porque me es imposible lo segundo.

Y saludando al vizconde con frialdad, salí de la casa donde habia estado á punto de volverme loco.

Llevé las manos á mis sienes, y ardian, las llevé á mi corazon, y al pasarlas por el chaleco toqué un objeto dentro de mi bolsillo: lo saqué: era mi napoleon. Un impulso secreto me lo llevó á los labios, y tuve un momento de placer.

¡Hacia tanto tiempo que no besaba á nadie! Y sin embargo, aquel beso, era el beso de despedida, porque el napoleon no debia permanecer conmigo mas que algunas horas.

Tenia una mision que cumplir en la tierra, y la cumplió.

Ya podeis figuraros cómo.

(Se continuará.)

MANUEL DEL PALACIO.

LAS BRISAS.

Tras pálidos celages, tras mágicas sonrisas
Que en medio del crepúsculo brotar tibias se ven,
Gimiendo y revolando, refrigerantes brisas
Henchidas van de aromas, tomadas del Eden.

¿Quién esos soplos lanza y á las veleras nave
En surcos mil de espuma las mece sin cesar?
¿Y quién en las regiones del éter dá á las aves
Sosten blando y suave, impulso á su volar?

¿Quién hace abrir las flores y en dulces embelesos

Les roba de su cáliz su perfumado olor,
Pagando á su voz pura con cariñosos besos
La esencia de su seno, primicias de su amor?

¿Y quién del mar tranquilo las azuladas ondas
Las riza y las desplega sonoro en su bullir,
Y en las movibles ramas de las espesas frondas
Produce con su arrullo magnífico gemir?

¿Quién de la estiva noche la calurosa calma
Entierra con su soplo de amores virginal?
¿Y quién hace se agite la temblorosa palma
Que en medio del desierto se eleva cual fanal?

¿Y quién de tierno amante que vive en su delicia,

Soñando en los amores de angélica muger,
Con soplo perfumado su frente le acaricia
En medio de inefable purísimo placer?

¿Qué son estos instantes, qué son estos murmullos

Que brotan de las flores, recorren el jardín.
Y halagan y adormecen con mágicos arrullos
Tomando las esencias del nardo y del jazmin?

¿Qué tropa bullidora de séres peregrinos
Cabalga en los espacios con incansable afán?
Espíritus etéreos, alados y divinos,
Angélicos amores que vienen y se van?

¿Acaso es de una bella el ¡ay! porque deliro,
Que vive en pudorosa dulcísima ilusion,
O el álito de un genio, de un ángel el respiro
Que en los celestes coros nos canta su pasión?

¿De angélicos querubes las célicas sonrisas
O los perfumes sábeos del venturoso Eden?
¿Qué son, pues, estas ráfagas? ¿qué son las brisas
(das brisas
Sino el aliento puro del soberano bien?

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

MI ESPERANZA.

SERENATA (1).

Fúlgida estrella de mis amores,
De mi cariño rosa temprana,
Flor que revive como las flores
Al grato ambiente de la mañana.
Palma divina que al son del viento
Sobre su tronco se balancea,
Blanca azucena que el pensamiento,
Dentro del alma perfuma y crea.
Cielo que vive siempre en bonanza
Templando el arpa de los querubes,
Perla sin concha do mi esperanza
Pierde su trono de negras nubes.
Plácida selva donde las flores
Para su lira roba el poeta,
Mágica aurora cuyos colores,
Hábil artista dió á su paleta.
Si el aura llega de mis cantares
Al sol que brilla puro en tus sienes,
Rompá los rayos con mis pesares
La sombra triste de mis desdenes.
Si entre las nubes de dulce aroma
Que en sus suspiros el pecho lanza
Miras llorando blanca paloma,
Dale un consuelo que es mi esperanza,
Si en los jardines tu mente loca
Mira un fantasma sobre sus flores
Que posa el labio sobre tu boca,
Ese es el ángel de mis amores.
Y si en la gloria de su embeleso
Cuándo volando vaga indeciso
A ese su beso responde un beso,
Es que lo llevas al paraíso.
Entonces loco de sentimientos,
Bañada el alma de tu ambrosía,
¡Bendita Habiba! (2) se oirá en los vientos
Arpas sonoras de Andalucía.

A. ALCALDE VALLADARES.

FELICIDAD DOMÉSTICA.

(Continuación.)

VII.

Apenas se despidió Juan Cachaza de Santiago, este sintió pisadas hacia el camino de Algete, pero como la luna no hubiese salido aun, en vano trató Santiago de averiguar quién se acercaba dando trompicones á causa de la oscuridad. Sin embargo, su incertidumbre duró muy poco.

Cuando nos vemos asaltados de un pensamiento importuno, solemos instintiva y maquinalmente ponernos á hablar ó á cantar para ahuyentar aquel pensamiento. Santiago se puso á cantar para ahuyentar el miedo que le causaba el ruido de las pisadas que se iban acercando.

— Buenas noches, Santiago.

— Buenas noches, tío Piqueta. ¿De dónde se viene por ahí tan tarde?

— De Valderrabé.

Valderrabé es como hemos dicho, un vallecito que hay entre Coveña y Algete, pueblos que distan uno de otro poco mas de un cuarto de legua. Allí hay una ermita á cuyo amparo está el cementerio de Algete, cementerio que llamaríamos hermoso si no nos costara trabajo aplicar tal adjetivo á una cosa tan esencialmente triste como los Camposantos.

Solo el nombre de Valderrabé hacia siempre estremecer á Santiago, porque le recordaba el lastimero grito de aquella muger de Algete que en vano llamaba á sus hijos para que visitando su sepultura la librasen de las penas del purgatorio. Así fue que todos sus temores se renovaron al oír al tío Piqueta, que era el padre de su novia y de oficio albañil, decir que venia de Valderrabé.

— Y qué ha hecho V. por allí?

— Hombre, allí hemos estado haciendo unos

remiendillos en las sepulturas, que los de Algete se han empeñado en que su Campo-santo eche la pata á los de Madrid y me parece que se van á salir con la suya.

— Canario ¿conque tan bueno es?

— Da gusto entrar en él. Mañana voy á rematar la obra y si quieres llegarte por allá verás una cosa de gusto.

— Que aproveche, como si fuera leche, tío Piqueta.

— ¡Qué! ¿tienes miedo á los muertos?

— Qué canario, ¿por qué no he de decir la verdad? Sí que le tengo.

— Pues si yo te contara lo que me ha pasado esta noche....

— ¿Qué ha sido? Canario, venga V. acá y me lo contará mientras echamos un cigarro.

El tío Piqueta se llegó á la era y él y Santiago se sentaron á fumar sobre el montón de trigo.

— Pues has de saber, dijo el albañil, que en el Campo-santo de Valderrabé hay cosas muy buenas.

— Para el que le gusten.

— Y para todo el mundo, que lo bueno siempre es bueno. Allí está enterrado un cura de Algete que le llamaban D. Pedro Lopez Adán y tiene en la lápida un verso que mejor no le sacan los poetas de Madrid. El mismo difunto le sacó.

— Canario, ¡qué miedo! ¿Después de muerto?

— No, hombre.

— Pues entonces no le sacó el difunto. ¿Cómo dice?

— Déjate á ver si me acuerdo.... Dice:

«COMO TÚ TE VES ME VÍ,
COMO ME VES TE VERÁS;
NO OFENDAS Á DIOS, QUE ESTÁS
MUY CERCA DE ESTAR AQUÍ.»

La cita de este epitafio, que existe aun en el cementerio de Valderrabé, que debe ser de algun discípulo de Góngora, y que realmente asusta por la tremenda verdad que encierra, infundió á Santiago tanto miedo como el recuerdo de la consabida alma en pena.

— Sabe V., tío Piqueta, que oyendo eso le tiemblan á uno las carnes?

— ¿Pues qué te sucedería si hubieras visto lo que yo esta noche?

— Vamos, diga V. qué ha sido.

— Esta tarde estuvieron allí unos señoritos de Algete que venian de una merienda, y se pusieron á chancearse con unas calaveras amontonadas en un rincón del Campo-santo.

— Canario, ¡qué judiada!

— No tenían ellos toda la culpa.

— Pues ¿quién la tenía?

— Un morenillo de Valdepeñas que iba con ellos.

— «¿Si será esta, dice uno, la calavera del tío Chupa-cepas, que cuando no tenia vino bebía agua de sarmientos?— Si lo es, responde otro, vereis cómo en cuanto le enseñemos la bota desde la puerta se va tras de nosotros á la querencia.»— Yo, la verdad, estaba un poco asustado oyéndolos, porque no me gustan bromas con los muertos. ¿Pues qué crearás tú que hicieron aquellos hereges? Cuando se marchaban empezaron á enseñar á la calavera una bota de vino desde la puerta gritando: «tío Chupa-cepas, venga V. á echar un trago, que esto no es agua de sarmientos en *enfusión!*» A mí se me erizaban los pelos oyendo aquellos sacrilegos, y figúrate tú cómo me quedaria cuando de repente veo que se mueve un poco una calavera!

— ¡Jesus qué miedo! exclamó Santiago acercándose mas al tío Piqueta.

— Los de Algete se marcharon y yo continué mi trabajo diciendo: «qué canasto, la *movición* de la calavera debe haber sido aprension mia.» Llegó la noche y como ya no veía trabajar, recogí la herramienta y me salí del Campo-santo para venirme hacia acá; pero cádate tú que cuando estaba cerrando la verja, oígo

ruido dentro como de una cosa que rodaba, miro y veo que la calavera viene rodando hacia la puerta!...

— ¡Dios nos ampare! esclama Santiago casi abrazando á su futuro suegro y poseído de indescriptible terror. ¿Y qué hizo V. entonces?

— ¿Qué hice? Tomar mas que á paso el camino de Coveña.

— ¿Y no le ha pasado á V. nada en el camino?

— Al subir la cuestecilla del arroyo sentí rodar por el suelo una cosa que sonaba como la calavera.

— Toma, y seria ella.

— Eso pensé yo entonces y cogí un susto de los buenos, pero al llegar al pie del cerro del Castillo eché de menos en la espuerta el puchero de la comida y me convencí de que se me habia caído al subir la cuesta del arroyo y de que él era lo que sonaba rodando como la calavera de marras.

— Pues á mí me dá un *ensulto* si me pasa lo que á V.

— Hombre, el caso no era para tanto.

— Canario, ¡pues ahí es poco andar sola una calavera!

— Cosa que asombra es; ¡pero tal vez no habrá milagro en ello!

— ¡Pues no le ha de haber!

— Hombre, muchas cosas parecen milagro y no lo son.

— ¿Cuáles?

— Una de ellas el que te quiera mi hija siendo tan cobardote.

— Pues no le sabe muy bien que lo sea.

— Y hace muy bien.

— Pero canario, ¿tiene uno la culpa *vervo* y *gracia* de que haya fantasmas tras de la puerta de los Berrinches?

— ¿Y qué fantasmas hay allí?

— Toma, una que me salió el martes á las diez de la noche.

— ¿La viste tú?

— No señor, que hacia muy oscuro, pero la sentí correr tras de mí.

— Pues esa noche pasé yo por allí á la hora que dices, cuando venia de trabajar en Paracuellos, y sintiendo que andaba junto á la tapia mi burro, le corrí hasta el otro lado del arroyo para que no entrara á hacer daño á la huerta por el pedazo de tapia medio caída.

— ¡Calla!... ¿Dice V. que sintió á su burro?

— Sí.

— ¡Canario, pues si allí no habia entonces mas burro que yo!...

— Pues serias tú el que sentí.

— Y la fantasma me corrió hasta el otro lado del arroyo.

— Pues la fantasma era yo y el burro tú.

— De juro.

— Ea, conque buenas noches, que me voy á acostar á ver si madrugo para volver temprano al Campo-santo de Valderrabé á concluir aquellos remiendillos.

— Yo de V. como no volviera en andas....

— ¡Anda cobarde.... Buenas noches.

— *Di qui* mañana.

— Cuidado no baje por ahí rodando la calavera.

— Canario, tío Piqueta, que no gaste V. chanzas pesadas!

(Se continuará).

ANTONIO DE TRUEBA.

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

SOLUCION AL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Por donde menos se piensa salta la liebre.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

(1) Esta serenata está tomada de la novela que está escribiendo el autor con el título del *Cristo del Cautivo*.

(2) Habiba es amada.